

MIGUEL VIVEROS.

Por Roberto Andrade. —

1883.



MIGUEL VALVERDE.

Los denuestos y contumelias del vulgo son para los hombres superiores lo que el rumor de la hojarasca para el paseante contemplativo : los unos y el otro se van inadvertidos, porque uno y otro filósofo andan por el camino de la existencia ensordecidos y aturridos con el estruendo de sus propias meditaciones. Ni atrás ni adelante miran, y si á las veces atraen su atención esos ruidecillos despreciables, no es sino para sumergirlos momentaneamente en tristeza; al uno porque la ignorancia y la barbarie han arrancado las hojas de la virtud del corazón de ese semejante suyo que le atropella y abofetéea, y al otro porque los vientos del estío han desnudado á los árboles de su suntuosa vestidura. Mas cuando el ultraje es excesivo, cuando la ofensa es derrumbamiento de una gran montaña que echa á tierra y oprime al hombre de genio sin quitarle la vida, entónces levanta al cielo miradas

angustiosas, suspira levemente, y en la imposibilidad de sobrevivir tranquilo á tan tremenda catástrofe tenida por el vulgo como irremediable ignominia, hace esfuerzos por abrirse camino hacia donde no alcanza el poder de las pasiones y preocupaciones terrestres. Digamos la verdad : yo soy el más insignificante, el último quizá de los ecuatorianos ; pero si hubiese caído en abismo como aquel en que el egregio Valverde acaba de caer, mi primer pensamiento hubiera sido huir de la existencia. El suicidio es gran crimen, pero á veces es virtud heroica. Nadie será tan osado que acrimine á aquellas santas del catolicismo que se arrojaron á un precipicio por poner á cubierto su honestidad. Y aunque no puede haber comparación entre los móviles de estas mujeres insignes y los de nuestro joven mártir, con todo eso, el temple de alma, la excelsitud de las propenciones, lo levantado del entendimiento, el recelo un poco infantil de la afrenta, el carácter ígneo de Valverde aparecen como causas suficientes para cohonestar una intención reprobada en hombres y circunstancias comunes. Valverde, el escritor de primer orden arrojado por García Moreno á las montañas Orientales á la edad de veintitres años, el conspirador contra Borrero despues del necio empecinamiento de este doctor indoctísimo, el adalid de la justicia y la virtud contra las pretenciones iníquas y brutales de uno como sudor pestilente de Vitelio á quién han bautizado de Mudo Veintemilla, el soldado indomable, el joven fuerte y ardoroso, el guayaquileño más eminente, no ha hecho sino comprobar y confirmar, despues de caído en el estercolero de la afrenta, que él no pertenece al vulgo de los mortales, y que ningún linaje de suplicios

será parte para borrar en su alma las máximas escritas por la dignidad y el pundonor. Valverde ha sido mártir desde su adolescencia, y cada martillazo de la desgracia no ha servido sino para pulimentar más el trozo de oro de su genio é índole excepcionales. Si Valverde sobrevive al martirio espantoso de que acaba de ser víctima, ya tendremos todos los amigos de la libertad un apóstol más, pasado por la fragua del sufrimiento, en quién fundar nuestras carísimas aspiraciones, á quién pasear por todos los ámbitos del mundo libre revestido con el atavío de Giordano Bruno. Deséo que muera ó haya muerto, me escribe uno de sus amigos más apasionados : en su alma llevará un calvario, y tarde ó temprano acabará como Escevola ó como Lucrecia. No, digo yo : la humanidad es casi proletaria, y enluta su corazón el desaparecimiento de uno de estos ricos de inteligencia y afecciones puras. Que Valverde no muera, porque si bien su muerte impulsaría á los guayaquileños á la libertad, pronto vendría á ser muy sensible la falta de ese ciudadano tan egregio y lleno de virtudes. Pasado el primer arrebato á cuyo influjo se derumbó en otro tiempo la víctima de la salacidad de Tarquinio, la reflexión volverá á conquistar sus fecundos dominios, y Valverde, vencedor en esta nueva contienda, se alzará y se presentará á sus compatriotas enternecidos, arropado con el manto real de la heroína de Orleans. En cuanto á morir como los jóvenes libres de Atenas ó como el perilustre Bruto, ya no habrá tiempo ni espacio, porque la horca está levantada, el magestuoso tribunal reunido y el bárbaro sentenciado á ser suspendido. No sería por otra parte decente ni loable, y Valverde ha de comprenderlo, que un habi-

tante de regiones superiores como él, fuese á pisar y machacar á una alimaña tan podrida interiormente, y sumergida hasta la garganta en el fango de todas las delincuencias. Valverde no se emporcaría en acción tan villana, y mucho más cuando tiene perfectamente entendido que ningun servicio se hace al género humano con echar á la tumba á un salvaje mitad tigre y mitad cerdo, en presencia de un pueblo viril y armado de punta en blanco. Hay que luchar contra la barbarie, no solamente contra un bárbaro, desarraigar del suelo ecuatoriano el sistema de *terror* y salvajismo implantado poco ha por el más execrable y malvado de los tiranuelos de América, y sostenido por el mas bruto y furioso de cuantos han arrancado lágrimas al linaje humano y concitado la cólera de los pueblos. Aquí surge una objeción de los deificadores de García Moreno, y como me incumbe responder á mí, la refutaré con sinceridad y sin cobardía. Todavía hay quien nos insulte, todavía hay quien nos llame asesinos y cargue sobre nosotros la responsabilidad de los desastres y calamidades presentes. Por estos pícaros no mas es todo, dice la plebe. Por ventura estais ciegos, hermanos? Si mi alma se hubiese doblegado á los improprios de la canalla, ó si temiese yo el dictámen de los hombres de provecho y el de la posteridad justiciera, talvez me arrepentiría de haber sido uno de los conjurados de Agosto. Pero García Moreno vive y reina todavía por sus tenebrosas acciones. No ha hecho sino cambiar de nombre, y esta culpa la tienen sus adoradores pertinaces. Veintemilla es García Moreno ménos solapado y farandulero, pero más inverecundo y necio. Ahí estan los *golpes de Estado*, los congresos de asiáticos, las persecuciones á los escrito-

res, los azotes, las proscripciones, los degüellos, las barras de grillos, las obras de cal y canto, las pretenciones de perpetuidad, las acciones inmorales y terribles hasta en el santuario de la vida doméstica. No hay otra diferencia entre uno y otro grande hombre, sino la de que García Moreno sabía cargar cruces y disciplinarse, y Veintemilla sabe robar y pillar la mona. El uno era más devoto y asesino; el otro es más ladrón y crapuloso. Si hubo quienes adorasen á García Moreno, también hay quienes adoren á Veintemilla. El uno os daba pan mojado en agua bendita; el otro os da pan mojado en aguardiente, y no hay más.

Seamos justos una vez por todas, conciudadanos! Refútennos los que piensen de un modo contrario, convénzannos, pero no nos maldigan y deseen descuartizarnos. Para algo podemos servir, si quiera por este amor inextinguible á la patria y á la humanidad. Si quereis probarnos que nosotros *asesinamos al excelentísimo señor García*, yo probaré que la parcialidad política que más nos odia intentó asesinar de un modo aleve á su amo *Señor García*, y ha tratado más de una ocasión asesinar alevosamente al *excelentísimo señor Veintemilla*. Y qué diferencia en todo!

Hubiera querido que García Moreno viviese hasta ahora para ver el furor é indignación de este pueblo iluso contra ese cuya imágen anda á llevarla como amuleto en los escapularios. Entónces no hubiera sido nuestro generoso arranque la causa de las guerras y desastres actuales. García Moreno debió morir muchos años antes, cuando por encima de los cadáveres de Maldonado y otros ecuatorianos distinguidos, se abalanzó sobre el pueblo inerme con la hostia consagrada en la mano, y le arrebató en

un minuto sus mas santos derechos y prerrogativas. El pueblo quedó mudo de asombro, echó lágrimas en silencio y luego acabó por conformarse con la devoción y farándulas de su verdugo. Pobre pueblo! nacido debajo del azote, ha pasado su niñez dando alaridos! Al nacer fué grande, cosa rara : Hércules niño luchando con las serpientes. Luego vino la jauría de pasiones y vicios de todo linage, y lo arrojó en el polvo mordiéndole por todas partes con tesón y ferocidad. Por fuerza ha tenido que quedar esqueletado. Tras Flores vino Urbina, tras Urbina García Moreno, tras García Moreno Veintemilla : qué tiempo ha tenido el pobre Ecuador de educarse, robustecerse, armarse con el escudo de la sabiduría y la espada de la instrucción, para lanzarse en la arena donde se agitan las naciones en pos de la perfección y la felicidad? Flóres se ocupó en saciar, durante quince años, la sed de forasteros desalmados y la suya propia con el oro; la sangre y los torrentes de lágrimas del pueblo. Urbina convirtió, durante quince años, á este pueblo en guardián de sus lupanares y en humilde escanciador en sus bureos soldadescos; García Moreno le obligó á rezar sin ton y sin son, durante quince años, y á empedrar los caminos con los cráneos de los afusilados; y Veintemilla? Este compendio de todos los malvados de peor estofa, no ha dado un solo paso ni en orden al progreso ni al abatimiento moral de los ecuatorianos : se ha olvidado del pueblo el monstruo, y no ha pensado sino en atrapar botellas, prostitutas y montones de oro para sí y sus esbirros, del oro acumulado con el sudor de la pobre gente. Canalla! Ha azotado, ha desterrado á los mejores, ha asesinado, ha puesto freno á la imprenta, ha vendido su patria, se ha desentendi-

do de la educación, ha corrompido á sus soldados, ha robado á mansalva, ha hecho todo lo que hicieron sus antecesores y mucho más, pero con ménos bellaquería y suspicacia, y con mayor petulancia y desvergüenza. Su tiranía ha sido más brutal, más tangible, más grosera. El pueblo ha comprendido fácilmente que no tiene por qué sufrirlo, y no lo sufrirá, y no lo dejará con vida : lo está probando con virilidad, con heroismo inaudito en estas miserables comarcas. Ya no es el pueblo amilanado del 6 de Agosto, el pueblo imbécil del 2 de Octubre, el pueblo abyecto que ha presenciado tantas infamias y atrocidades. Ahora es pueblo libre, está armado hasta los dientes y sacude la melena como el rey de las fieras. El pueblo sabe muy bien que para exterminar á estos miserables á quienes solemos llamar dictadores y tiranillos, no basta hacerlos pedazos en las plazas públicas. Por ineptos que ellos sean siempre dejan escuelas que se acorazan con el nombre aterrador de sus amos, y siguen conculcando sacrílegas las prerrogativas del hombre libre. Hay necesidad de un levantamiento unánime, de un grito estruendoso de libertad á cuya formidable repercusión huyan las manadas de corruptores á las pocilgas de donde salieron. He aquí por qué no pudo tener el derrumbamiento de García Moreno otro resultado provechoso que borrar inmediatamente de la patria el cargo denigrante de envilecida. Hay necesidad de guerra para curar al Ecuador de su proverbial abyección ; y como ésta está complicada con el *terrorismo*, hay también necesidad de escuela, de enseñanza. Compatriotas jóvenes, limpiemos esta sentina. El hombre libre no encuentra asiento en este lugar de espinas y pestilencias. Compatriotas jóvenes, vosotros los

que estais mostrando tanto vigor y potencia irresistible en la lucha, redoblad los golpes, afanáos, ahuyentad esa nube de buhos y gallinazas que entenebrece el horizonte de nuestra patria.

Qué sórdida é infame ha sido hasta ahora la política del Ecuador! Ayer centenares de ciudadanos indefensos cayeron atravesados por las balas de un tirano lleno de escapularios: hoy cae un hombre víctima del tormento inventado por la reina de los egipcios. Ayer el cadalso y el látigo para los campeones políticos: hoy el asesinato tenebroso y otra vez el azote para los apóstoles de la libertad. Ayer sangre, hoy excremento. La sangre y el excremento se irán fermentando, y en breve la atmósfera del Ecuador será letal y mortífera para todo hombre que no tenga costumbre de respirar ambientes impuros. Compatriotas jóvenes, limpiemos esta sentina: repetid el ataque, mostrad el pecho desnudo á los forajidos, morid si es preciso, pero ahuyentad esa ventegrada de musarañas á las profundidades del olvido, donde vayan á beber á tragos el vilipendio y escarnio del mundo entero.

Hasta cuándo ha de ser la política del Ecuador tripudio y algazara de tabernas, feria de pueblecillos, gresca de mujerzuelas embriagadas? Comprendamos bien la política, por Dios: discutamos por la imprenta los principios y conclusiones de la ciencia de gobernar; y si la prensa no basta, si el calor de los partidos llega á enrarecer el aire hasta el punto de volver imposible la respiración, tomemos las armas, combatamos á pecho descubierto, matemos ó muramos en la batalla, ya que la negra necesidad de matar ó morir es ley bajo de la cual avanza subyugada la humanidad hasta la hora de su perfección; pero no nos asesinemos en las tinie-

blas, no nos mordamos pérfidamente, no echemos garra á los jóvenes más ilustres de la patria caídos en nuestras manos como prisioneros de guerra, y los sometamos á martirios infames, á suplicios inmundos y atroces que horrorizarían hasta al mismo Torquemada en los abismos infernales.

Cuatro balazos ! decia Valverde con voz entera, pero ya en el último extremo de la desesperación, y despues de haber sido abofeteado por ese blasfemo de corazón tan hediondo, como grave y majestuoso era el continente de su víctima ; cuatro balazos ántes que esta negra infamia. Pero es igual, se ha de haber dicho interiormente, porque yo no podré sobrevivir á uno ni á otro suplicio. Sí vives, sí vivirás, Miguel ! Te estoy mirando allá arriba, ataviado con el ropaje de Mucio, pero fino y sonriente como siempre : tus miradas resplandecientes me iluminan el sendero de las grandes acciones. Uno y otro hemos sido mártires. Yo también he recibido azotes en el alma, y por manos no ménos indignas que las que se atrevieron á desgarrar tu cuerpo. Tu cuérpo no es el desgarrado, ciertamente, sino tu alma. Pero tus cicatrices desaparecerán en breve así como las mías han desaparecido, á poder de soledad, reflexiones y melancolía. A esta plebe, á esta muchedumbre de chiquillos que jamás han abierto otro libro que el devocionario de la ignorancia, á esta canalla tan inverecunda como insolente, no hay que hacerle caso. Conque los que derruecan tiranos y dan al pueblo voces de libertad han de ser dignos de morir en el potro de la vergüenza, así como han de ser escupidos y escarnecidos los próceres ilustres que, como tú, son derribados en la lid por la cólera de los protervos ? O Valverde,

ó amigo del alma! cuántas veces he caído boca abajo, ora inerte como sin vida, ora furioso como demente, ora enternecido como mujer, llorando y maldiciendo, en la impotencia de volar á prestarte socorro, el curso inmutable de los sucesos! El monstruo ha marcado en tus espaldas el sello de verdadero discípulo del hombre Dios. Cómo es posible, Dios mío, que de este vulgacho salvaje que nos ahoga, salga por ahí el más ignorante y obstinado en la corrupción y detenga de una manotada y un soplo el vuelo de un ánimo excelso? Levántate y avanza, amigo: resucita: la civilización te manda resucitar en nombre del Omnipotente. El alba nace, la brisa conmueve á la naturaleza: resucita! Las borrascas y tinieblas de la noche huyen con ruido uniforme y horrible llevando en sus senos el grasnido fatídico de los autillos. Ya irradian el alba de la libertad. Dentro de poco nos daremos los brazos, tú como ser caído de las nubes, como ángel; yo como pobre humano que ando por las alturas de precipicio en precipicio, en vía de apagar esta sed de libertad y perfección.

Motivos sobrados tengo para conocer el carácter y temperamento de Valverde. Vuelto del destierro á causa del 6 de Agosto, vino hasta Quito después de la campaña desenlazada en Galte. Allí nos conocimos. Su lenguaje era hiperbólico y ardiente cuando me dirigía la palabra. Alto, de rostro pálido, parecía la imagen de Armodio ó del varón del Aventino. Después de mucho tiempo nos volvimos á ver en las riberas del océano pacífico, entre un grupo de valientes que, bajo las órdenes del ilustre Alfaro, venían á redimir la República. Valverde era secretario general de Alfaro, y yo fui nombrado jefe de Estado Mayor divisionario.

Alfaro ha alcanzado la reputación de ser uno de los primeros militares en la nación ecuatoriana. Activo, infatigable, impávido, rígido y mesurado, ó afable y comedido segun las circunstancias, lleno de pericia militar, de golpe de vista certero, de entendimiento anchuroso, inteligente para las estrategias, no tiene sino un defecto, el cual consiste en ser manso y compasivo como una doncella cuando impune pero justamente puede descargar sobre los delincuentes la masa de los castigos. Defecto es este que raya á veces en virtud subida, defecto de la fortaleza, porque convencido el hombre fuerte de su potencia, mira como arlequines y bazofia á los miserables que hacen gestos y se arrodillan en su presencia. Alfaro es capaz de llorar, y llora en efecto, sobre el cadáver de un enemigo insignificante : economiza á toda costa los derramamientos inútiles de sangre. Una ocasión en que yo trataba de cazar un ave de vistósísimo plumaje, me reprendió con moderación. Desde entónces no soy amigo de la caza. Alfaro triunfó en Galte, mientras el viejo Pepe Urbina, borracho de aguardiente y de miedo, buscaba donde ampararse de las balas. Yo le ví en el combate de Esmeraldas : sin hacer caso á insinuaciones mias provenientes de un temor supersticioso, mantúvose firme y sereno bajo del cañoneo. Había publicado ántes de mi llegada á Rioverde un decreto por el cual condenaba á ser fusilados por la espalda á todos los jefes y oficiales del tiranuelo. Aquel decreto estuvo á punto de ocasionar una sublevación en los cuarteles enemigos de Guayaquil, apesar de que el malhechor se reía á carcajadas. Cuando hubo oido mis conceptos favorables al resultado de aquella disposición, Alfaro me dijo sonriendo que la obra

nó era de él sinó de Valverde, y que él la habia firmado conociendo la eficacia y conveniencia de ella, aunque veía al mismo tiempo que no la pondría en ejecución en ningun caso. Valverde se sonrió también y me dijo lo mismo. Poco despues capturamos un oficial de destacamento en Tábule, y al dia siguiente del acaecido, Valverde se empeñó conmigo en que le acompañase á ver á dicho oficial en su prisión. Prometióle á este con el lenguaje mas insinuante que él escudaría su vida, y que nada absolutamente tenia que temer del decreto antedicho. El buen oficial se enterneció, nos echó los brazos, y peleó poco despues á nuestro lado como cooportunario y amigo, acompañándonos hasta la derrota. Pensar que nosotros tenemos sed de sangre de nuestros semejantes, sería la mayor y mas cínica de las impiedades. Los actuales revolucionarios deben comprender que si optamos por el derramamiento de sangre hermana, si aprobamos y aplaudimos esa fiera lid en que ellos estan apareciendo como héroes, no es sino por borrar del suelo de nuestra patria hasta la última huella de tantos foragidos y canallas, convertidos en pipas de licores incendiarios. Aprovechémosnos de tal cual acción buena de estos desdichados, buena por los resultados, mala por las intenciones de ellos; pero extirpemos de raiz el trébol de los vicios y la planta ponzoñosa de los crímenes. Compatriotas jóvenes, limpiemos esta sentina. Hasta cuando habremos de andar á saltos, cayendo y levantando, hundidos hasta la cintura, con el pañuelo en las narices, en este barrizal de sangre é inmundicias, formado por los tiranuelos? Oid y mirad, valientes! La justicia, la mansedumbre, el amor á lo bueno y á lo grande, la civilización

en una palabra, ha armado vuestro brazo. Montalvo, el genio de la libertad y la honradez, el varón perínclito, el atleta irresistible avanza á vuestra vanguardia, blandiendo la antorcha de su genio y el sable de su elocuencia. Seguid inexorables y fuertes : descargad el arma y haced viento : pronto se esconderán en los abismos las legiones de langostas que asuelan nuestras comarcas. Queremos el dominio de la virtud, de la ciencia, de la sabiduría ; libertad en el orden, orden en el progreso, progreso en el amor á Dios y á nuestros hermanos y en la consagración al trabajo. Adelante !

ROBERTO ANDRADE.

La Quinta, [Imbabura,] Enero 10 de 1883.

NOTA. Despues de escritas las líneas anteriores, hemos recibido noticia del hecho de armas de Quito. Ese combate será memorable si los sucesos se han verificado así como nos los cuentan. Sarasti ha venido á ser uno como Garibaldi para los pueblos del interior de la República ; y Landázuri el intrépido soldado, merece bien de la patria : el pueblo que les sigue es ya pueblo de romanos. Qué tienen que decir ahora las naciones extranjeras en presencia de un pueblo tan aguerrido, tan fuerte, tan abnegado ? No ha desistido ni por un instante, ni un minuto ha dejado de bramar de cólera y pelear como lacedemonio desde el 6 de Abril del año pasado en Esmeraldas. Que se destruyan las ciudades, que bañe las calles y los campos la sangre de los ecuatorianos : no importa si al fin podemos ser libres y dichosos después de tantos años de imponderable vergüenza. Márame, pueblo, si te place, pero no vayas á arrepentirte. Ya moriré satisfecho siquiera de verte despierto, levantado, activo, magestuoso como todos los pueblos que quieren ser libres y felices.

QUITO, ENERO 25 DE 1883.—IMP. DE MANUEL V. FLOR.